



FABIÁN O'NEILL: EL NIÑO QUE NUNCA DEJÓ DE VIVIR DENTRO DEL MAGO

Por. Julio César Romero Magliocca - Fundador y Director de Revista Raíces

Hay jugadores que uno recuerda por sus goles. Otros, por una gambeta, una camiseta, una tarde inolvidable. Y están aquellos que permanecen en la memoria por algo más difícil de explicar.

Fabián O'Neill era uno de ellos.

Murió demasiado joven, a los 49 años, dejando detrás una historia llena de talento, contradicciones, alegrías, excesos, afectos y también heridas. Pero esta no pretende

ser una nota sobre sus goles, sus equipos o sus estadísticas. Quiero recordarlo desde otro lugar. Desde aquella breve conversación que mantuve con él. Porque a veces una entrevista no necesita durar horas para convertirse, con el tiempo, en un pequeño tesoro. Nos encontramos en Marila, aquella parrillada de Concepción Arenal y General Flores. Yo llegaba con muchos recuerdos de Fabián. Pero había uno que permanecía intacto. Un tiro libre contra Santos, en Brasil. No recuerdo el resultado del partido. Tampoco hace falta. Recuerdo la pelota. Recuerdo cómo pasó por afuera de la barrera y terminó contra un palo.

Y recuerdo lo que pensé en ese momento:

“Esto es una bestia. ¿Cómo puede hacer eso?”

Ese era Fabián O'Neill para quienes lo vimos jugar. Un futbolista capaz de hacer que lo imposible pareciera sencillo. Pero aquella tarde, sentado frente a mí, descubrí que detrás de aquel jugador extraordinario había otra historia. Una historia que había comenzado muy lejos de los grandes estadios. Había comenzado en Paso de los Toros.

—¿Qué significa Paso de los Toros para vos?

La respuesta salió casi sin pensarlo:

“Es mi vida.”

Y quizás esas tres palabras expliquen mucho más de Fabián que cualquier relato sobre su carrera. Porque él no hablaba de Paso de los Toros como quien recuerda simplemente el lugar donde nació. Lo llevaba adentro. Conocía sus calles, sus pozos, sus rincones. Sabía dónde había un pozo en una calle que después desapareció. Como si el niño que fue hubiera quedado caminando para siempre por aquellas calles. Y entonces apareció en la conversación una mujer que ocupaba un lugar enorme en su memoria. La abuela Meche. Mercedes.

La mujer que lo recibió cuando sus padres atravesaban dificultades económicas y no podían darle lo que necesitaba. Fabián lo contó sin dramatismo. Casi como quien habla de algo que simplemente ocurrió. Pero detrás de aquellas palabras había un niño. Un niño que necesitaba comer. Un niño que terminó viviendo con su abuela. Un niño que encontró en aquella mujer un refugio. Sus padres quisieron llevarlo nuevamente. Pero ya era tarde. Fabián se había encariñado con la Meche.

Y se quedó. Hasta los 14 años durmió con ella. Hay recuerdos que parecen pequeños cuando uno los escucha. Pero después, cuando uno los vuelve a pensar, comprende que allí había una vida entera. Fabián había crecido demasiado rápido. A los 12 años ya hacía mandados para las mujeres que trabajaban en un prostíbulo de Paso de los Toros. No lo contaba desde la vergüenza. Tampoco desde el orgullo. Lo contaba como parte de aquella vida que le había tocado. Y había algo que todavía recordaba con claridad:

le confiaban las llaves.

Las llaves de las puertas. Las llaves de lugares donde había cosas de valor. Confiaban en aquel gurí. Y él nunca traicionó esa confianza. Quizás ahí, en medio de una historia que podría parecer extraña para quienes crecieron en otra época, aparecía uno de los rasgos más profundos de Fabián. La gente confiaba en él. Y él sabía lo que significaba eso. Después apareció la pelota. Su primer juguete había sido una pelota de Peñarol. Tenía apenas dos años. Una pelota. Nada más. O quizás todo. Porque aquel niño de Paso de los Toros terminaría convirtiendo una pelota en una forma de vida. Pero lo hermoso de volver sobre aquella conversación es que Fabián no hablaba como una estrella. No parecía interesado en construir un personaje. Hablaba como aquel gurí que todavía recordaba las calles de su pueblo y a la mujer que lo había criado. El futbolista

extraordinario seguía ahí. Claro que sí. El hombre que había maravillado a tantos también estaba ahí. Pero detrás de él aparecía alguien mucho más vulnerable. El niño. El niño que había conocido las carencias. El niño que había aprendido a andar solo. El niño que había encontrado cariño en su abuela. El niño al que los adultos le entregaban sus llaves. El niño que recibió una pelota de Peñarol a los dos años sin saber que algún día esa pelota lo llevaría muy lejos. Fabián O'Neill murió joven. Demasiado joven. Y su historia quedó atravesada por aquello que muchas veces terminó ocupando más espacio que su propio talento. Pero no quiero recordarlo solamente por sus errores. Tampoco quiero convertirlo en una leyenda perfecta, porque no lo fue. Fue un ser humano. Con sus luces y sus sombras. Con una sensibilidad que muchos que lo conocieron de cerca recuerdan todavía. Su hija Marina, al despedirlo, habló de su bondad, su generosidad, su humildad y de esa manera tan particular que tenía de desprenderse del dinero y ayudar a otros. Y quizás esa sea otra pieza necesaria para entender al hombre que estaba sentado frente a mí aquella tarde. Porque en aquella charla apareció también, casi al pasar, el Fabián que había comprado casas para amigos y que había repartido parte de lo que había conseguido. Podemos discutir sus decisiones. Podemos hablar de sus excesos. Podemos recordar aquello que pudo haber sido y no fue.

Pero hay algo que nadie puede quitarle:

el talento que llevaba en los pies y el corazón que llevaba dentro.

Hoy vuelvo a escuchar aquella grabación. Y me doy cuenta de que, sin proponérmelo, aquella tarde no entrevisté al futbolista. Entrevisté al niño. Al niño que todavía recordaba a la Meche. Al niño que conocía de memoria las calles de Paso de los Toros. Al niño que recibió una pelota cuando apenas tenía dos años. Al niño que a los 12 ya conocía demasiado de la vida de los adultos. Al niño al que le confiaban las llaves. Y entonces aquel tiro libre contra Santos adquiere otro significado.

Porque antes de que Fabián O'Neill pudiera poner una pelota contra un palo y hacer maravillar a miles, hubo otro niño que aprendió a patear una pelota en las calles de su pueblo. Quizás por eso me gusta recordarlo así.

No solamente como **el Mago**.

Sino como Fabián. El gurí de Paso de los Toros. El nieto de la Meche. El hombre de la mirada pícara. El amigo de muchos. El futbolista que pudo haber llegado todavía más lejos. Y el ser humano que, con todas sus contradicciones, dejó una huella imposible de borrar. Porque el tiempo puede llevarse los estadios. Puede borrar los resultados. Puede hacer que olvidemos una fecha, un campeonato o un gol. Pero hay recuerdos que sobreviven. Una calle. Una abuela. Una pelota. Una mirada. Una conversación. Y aquel tiro libre que todavía, tantos años después, me hace pensar lo mismo:

“Esto es una bestia.”

Descansa en paz, Fabián. Quizás allá donde estés hayas vuelto a encontrarte con la Meche. Y quizás aquella vieja pelota todavía esté esperando. Porque algunas historias no terminan cuando muere el protagonista.

Siguen viviendo en quienes alguna vez tuvieron la suerte de cruzarse con él.

FABIÁN O'NEILL: EL HOMBRE QUE NUNCA QUISO SER FUTBOLISTA

Hay historias que parecen escritas por el fútbol. Y hay otras que, curiosamente, parecen haber sido escritas a pesar del fútbol.

La de Fabián O'Neill pertenece a estas últimas.

Porque si uno se sienta frente a aquel muchacho que llegó a jugar en Nacional, que después brilló en Italia con la camiseta del Cagliari y que terminó compartiendo vestuario con figuras como Zidane, Del Piero, Buffon e Inzaghi en la Juventus, podría imaginar que desde niño soñaba con ser futbolista.

Pero no.

Fabián cuenta algo mucho más sorprendente: **nunca le gustó el fútbol.**

De niño, su mundo estaba en otra parte. A los 12 años acompañaba a Ariel Yaque, un hombre mayor que cuidaba carpas en los parques de Paso de los Toros. Yaque fue mucho más que un compañero de trabajo para aquel gurí. Fue alguien que dejó una enseñanza que Fabián todavía recuerda: aprender a ser gente, tener valores y, sobre todo, respetar. Aquella confianza que recibía de las muchachas que dejaban en sus manos las llaves de sus habitaciones podía haber sido una tentación. Pero para él eran simplemente amigas. Nunca cruzó aquella línea invisible que separa la confianza de la traición. Quizás allí, mucho antes de las canchas y de los grandes estadios, comenzó a formarse el hombre que después sería Fabián O'Neill. También fue monaguillo. Y recuerda aquellas travesuras de niño con una sonrisa. La vida todavía era sencilla, cercana, de barrio.

El fútbol estaba ahí, pero no ocupaba el centro de su mundo.

Jugaba en el barrio, claro. Fue golero en Huracán, pasó por Libertad y luego llegó al cuadro del barrio. Podía jugar de cinco, de nueve, atrás o donde hiciera falta. En la calle había aprendido muchas cosas: las buenas y también las malas. Y esa escuela, sin pizarrón ni maestros, le dio una lectura del juego que después los técnicos descubrieron que era diferente.

Hasta que apareció Nacional.

Carlos Di Carlo, vinculado a las inferiores tricolores, lo vio jugar y lo llamó. Fabián llegó a Quinta División. Allí empezó una historia que parecía improbable para aquel muchacho que ni siquiera tenía ídolos futbolísticos. Porque cuando le preguntan por su ídolo, no nombra a una estrella.

Nombra a su abuela.

Ella había sido su mundo. Fabián había dormido junto a ella hasta los 14 años. Por eso cuando el fútbol comenzó a llevárselo lejos, la abuela lloraba. Y quizás esa sea una de las imágenes más fuertes de toda la entrevista: mientras el fútbol empezaba a abrirle las puertas del mundo, había una mujer que sufría porque simplemente iba a perder cerca suyo a aquel gurí que había crecido a su lado. Después vendrían los goles. Y aparecería el Chino Salvá.

Pero para Fabián, el Chino nunca fue solamente un técnico. Fue mucho más. **Fue como un padre.**

Él mismo lo dice con una gratitud que atraviesa los años: si no hubiera sido por aquel hombre, probablemente su historia habría sido otra. Se quedó tres meses. Salió goleador. Y llegó la Primera.

De pronto, aquel muchacho de 18 años estaba compartiendo vestuario con hombres consagrados: Hugo De León, Cardaccio, Tony Gómez, Seré y tantos otros. Lo llamaban “el Chiquilín”. Y como sucede tantas veces en la vida, el que recién llega tiene que ganarse su lugar. Fabián lo hizo a su manera. Con respeto. Mientras los grandes descansaban, él preparaba los mates. A veces ni siquiera se había lavado los dientes. Primero los mates; después, los dientes. Era su forma de entender que el respeto también se demuestra en las pequeñas cosas.

Pero en la cancha no había diferencias. Allí aquel “Chiquilín” podía jugar de igual a igual. Llegaría la selección juvenil y un Mundial en Australia. Llegaría aquel partido inolvidable contra Portugal, donde Fabián prometió dos goles y terminó cumpliendo. Dos goles para una victoria 2-1.

Y después vendría Italia.

Cagliari. Seis años y medio.

Para Fabián, Cagliari no fue simplemente un club extranjero. Cuando habla de aquella tierra, dice algo que lo resume todo: **“El Cagliari es mi vida.”** Allí aprendió que Cerdeña podía darte todo si vos sabías respetarla. Blanco o negro. Así lo recuerda.

Después llegó la Juventus.

El escenario cambió completamente.

Zidane, Buffon, Del Piero, Ferrara, Conte, Inzaghi, Kovacevic y tantos otros nombres que parecían pertenecer a otro mundo. Pero Fabián estaba allí. Jugó Champions League. Y, sin embargo, cuando habla de aquellos años no aparece el orgullo desmedido. Al contrario. Hay una frase que parece explicar su manera de mirar la vida:

“Nadie es más que nadie.”

Tal vez esa sea la verdadera historia detrás del futbolista.

Porque Fabián O'Neill pudo haber llegado a los escenarios más grandes, pero nunca dejó de mirar hacia atrás. Hacia Paso de los Toros. Hacia su abuela. Hacia aquel hombre que le enseñó a ser gente. Hacia el barrio. Hacia el muchacho que hacía mandados y cuidaba carpas. El fútbol lo llevó lejos. Muchísimo más lejos de lo que aquel niño hubiera imaginado. Pero quizás nunca consiguió llevárselo del todo. Porque cuando uno escucha a

Fabián hablar, aparece una certeza: detrás del jugador que brilló en Nacional, Cagliari y Juventus, siempre estuvo aquel gurí que no soñaba con ser una estrella. Un gurí que simplemente aprendió a vivir. Y quizás por eso, cuando la vida le pregunta quién fue su ídolo, Fabián no necesita nombrar ningún crack.

Dice una sola palabra:

Abuela. Y entonces todo empieza a tener sentido.